

La Retórica como ciencia histórica y social

MARC ANGENOT, D. PHIL. & LIT., MSRC - Professeur émérite,
Chaire James-McGill d'étude du Discours Social, McGill University.
Chaire Chaïm-Perelman 2011-12 de Rhétorique & d'histoire des
Idées, Université Libre De Bruxelles.

Variabilidad de formas y medios de lo persuasivo

Abordo la retórica de la argumentación como el estudio de los hechos históricos y sociales. La estudio no como un intemporal “arte de persuadir por medio del discurso”, sino como una aproximación metodológica que debe ser inscripta en el corazón de la historia intelectual, política y cultural. Una historia dialéctica y retórica tal como la concibo sería el estudio de la variación sociohistórica de tipos de argumentación, de medios de prueba, de métodos de persuasión. Nada, en efecto, es más específico a los estamentos de la sociedad, a los grupos sociales, a las “familias” ideológicas y a los campos profesionales que *lo argumentable* que predomina allí. Una historia como esta de lo razonable y de los encadenamientos persuasivos aceptados y eficaces para tal o cual época y en tal o cual medio está apenas esbozada; existen, por cierto, elementos (bajo un vocabulario disparatado) en diversos historiadores -como voy a recordar a la brevedad- pero ninguna síntesis.

Doy a la problemática referente a lo “racional” -o si ustedes quieren, a lo “razonable”- un sentido relativo, historicista: el término se refiere al conjunto de esquemas persuasivos que han sido aceptados en un tiempo y en un lugar determinados, en tal o cual “familia” política como, por ejemplo, sagaces y convincentes, y que son, al mismo tiempo, considerados como débiles, sofisticos, “aberrantes” en otras culturas o en otros medios o tiempos.

Pienso, por otra parte, que conviene articular la cuestión de la argumentación dentro de la vida social con la cuestión de lo creíble y de la credibilidad. Las ideas, los discursos en sí mismos, no tienen “peso” histórico; solo los discursos socialmente investidos de adhesión, de convicción y de incitación a actuar lo tienen, lo que constituye el objeto propio de la historia de las ideas.

La cuestión de la creencia y de los medios de suscitar la adhesión, de creer, de las “comunidades sobre la base de la persuasión” -distinta de las comunidades naturales como la familia o la aldea- está en el corazón, no solamente de la retórica argumentativa, sino más extensamente de la historia de las ideas. Porque el objeto de la historia de las ideas es *el estudio de las ideas que han sido creídas*, que han servido para legitimar las instituciones y acciones colectivas, para procurar proyectos e incitar a la acción en un

determinado sentido. Las ideas que estudia el historiador no son ensoñaciones ni fantasías individuales, ni tampoco meditaciones *in petto*, son ideas que fueron públicamente argumentadas, demostradas, sostenidas por “buenas razones” y desde entonces creídas en la sociedad en esos “medios” y en esos “campos”, legitimadas a través de instancias y que sirven para legitimar estas mismas.

Ahora bien, el historiador de las ideas está confrontado constantemente con la obsolescencia de lo convincente y de lo racional. El pasado es un vasto cementerio de “ideas muertas” promovidas por personas desaparecidas, ideas que fueron, sin embargo, tenidas antes o ahora, por convincentes, demostradas, aceptadas, tanto como importantes, movilizadoras, etc. Las ideas de las cuales el historiador hace la historia son ideas que han sido recibidas como creíbles, como bien fundadas, “sólidas” y que, en el momento en que se las estudia, están generalmente devaluadas o en vías de serlo. Ideas también tenidas por inocentes o grandiosas y que han devenido sospechosas posteriormente (así como la “idea” comunista de la cual François Furet hizo la historia del siglo XX). Ideas muertas o languidecientes en el momento en que el historiador se ocupa de ellas, ideas que no son más “que palabras”! Si se advierte que esta variabilidad y estas obsolescencias están inscriptas en el corazón de la historia cultural o intelectual, se puede deducir que van a ser particularmente reveladoras para el estudio de las sociedades, de sus contradicciones -y de sus cegueras-, estudiar las formas y medios de lo persuasivo, los esquemas de razonamiento y los *topoi* que allí se legitiman y circulan, concurren y emergen, se imponen y pierden luego su “fuerza”, se vuelven marginales y desaparecen.

Contra la quimera engañosa de una retórica intemporal y normativa, compuesta por listas de procedimientos y de figuras ya validadas por Aristóteles y siempre de actualidad, quimera divulgada por los tratados clásicos y los manuales escolares, sostengo que se debe, ante todo, tomar conciencia de las variaciones sociales e históricas del razonamiento puesto en discurso y de los métodos de persuasión. La retórica será entonces concebida en contra de estas preocupaciones normativas que buscan decretar, - además, como era de esperar, de forma diferente de un manual a otro- lo que es, intemporalmente y racionalmente, aceptable o no. Se puede, sin ninguna duda, admitir la universalidad de la razón humana, axioma antropológico que no compromete concretamente, y formular el tipo de preguntas que tratan, no sobre el pensamiento humano en su abstracción universal, sino sobre los hechos de discurso que son *ipso facto* sociales e históricos. No se hablará de esencias diferentes sino de elecciones marcadas y de preferencias sectoriales dignas de atención en los medios discursivos de encadenar ideas volviéndolas *convincientes*.

A menudo el historiador de la opinión pública, de las ideas y de las ideologías se detiene ante todo en la *tesis* central y no ve que lo esencial son los razonamientos subyacentes

por los cuales un sujeto del pasado invitaba a un auditorio determinado a admitir y a “adoptar” dicha tesis. Comprender el *sentido* de una creencia y de una convicción para un actor histórico es buscar reconstituir *las razones* que tenía para adoptarla y los argumentos por los cuales estaba por su parte preparado para sostenerla. Analizando discursos argumentados de hace mucho tiempo atrás, se podrá constatar enseguida que los razonamientos de unos convencían a “los suyos”, pero aparecían como chocantes y sofisticos –no para nosotros que no estamos involucrados en el tema- sino, en sincronía, para otros grupos, para otros medios. Se deberá buscar entonces explicar la divergencia de los caminos seguidos por el pensamiento y las situaciones de *incomunicación* que no podían más que producirse.

Diversidad de “lógicas”

Todo tipo de palabra, de locuciones, no confrontadas entre sí, designan en diversos historiadores -sin que ninguna de ellas llegue a circunscribir claramente la esencia que es retórica de lo que designan- ciertas singularidades en las maneras de ver las cosas, las maneras de pensar, de razonar, de argumentar que componen en todo estado de sociedad un arsenal de “enfoques” disponibles o forman maneras idiosincráticas de “conducir su razón y buscar la verdad”, para utilizar el célebre subtítulo de Descartes,

Englobo por mi parte bajo el término general y vago de “lógicas” lo que otros nombraron de otra manera -pero siempre en términos *mentalistas* poco profundos- *Denkungsart, Gedachenvormen* (en Huizinga), maneras de pensar, herramientas mentales, *Styles of thought* (los politólogos americanos hacen por ej. de lo que ellos llaman la *Paranoid Style*, el “estilo paranoide” “*a mode of social thought*” propio de ciertos sectores políticos radicalizados U.S.)... Se encuentra también frecuentemente la expresión de “mecanismos mentales” -de este modo el “maniqueísmo” es con gusto calificado de “mecanismo mental”, juzgado como propio de ciertas “familias mentales” particularmente embebidas de ideología en uno de los sentidos, el sentido peyorativo, de esta palabra-

Se encuentra el mismo tipo de mentalismo en los sintagmas compuestos sobre “pensamiento ---”, como el “pensamiento conspiratorio” que fue muy estudiado recientemente y que resulta de la evidencia de una manera muy particular de razonar sobre el mundo.

La enumeración de términos diversos en el párrafo que precede hace aparecer un vasto problema que permanece en gran medida sin desarrollar. ¿De qué queremos hablar con tales categorías intuitivas que parecen apuntar hacia una problemática determinada y que, en realidad, se refieren a *pregnancias argumentativas* que han impresionado a un historiador que hurgaba en los archivos? ¿Se pueden periodizar estas categorías,

confrontarlas, situarlas en la “topografía” de las culturas y de los medios sociales y seguirlas en su devenir? ¿Se puede explicar su génesis y su dinámica?

La rareza en historia de las argumentaciones. Los “arsenales” argumentativos: reducción de la masa discursiva a un “arsenal” restringido de esquemas recurrentes.

Foucault demostró que los postulados de la *coherencia interna* y de la *creatividad en situación* que servían tradicionalmente para identificar a sujetos pensantes y discursivos son problemáticos y falaces. Las ideas nuevas no surgen espontáneamente de la Observación y de la Reflexión. Tal es su más elemental, pero también fundamental aporte. La formación discursiva anónima es un sistema “modalizante” que determina en mediana duración un “decible” local y un probable particular, de manera que solo ciertas tematizaciones pueden expresarse y “sostenerse” a través de ellos. El conjunto así formado no es libertad inventiva absoluta, no es “plenitud y riqueza infinita”, está formado por presiones con un margen de variaciones- lo que se puede designar como el establecimiento de, en un momento dado y en un sector dado, lo *decible* y lo *pensable*, más allá del cual no se puede percibir (sino por anacronismo) lo *noch nicht Gesagtes*, lo aún no dicho-.¹

Una idea no puede ser más que histórica: no se puede tener cualquier idea, creencia, opinión, sostener cualquier “programa de verdad”² en cualquier época. En cada momento, la oferta está limitada a un manojo restringido de esquemas con predominancias y emergencias. Los “espíritus audaces” lo son pero a la manera de su tiempo. No existe ciertamente un misterioso *Zeigeist*, un Espíritu de la época que impregnaría a todos los hombres, sino hay en todo tiempo límites rigurosos de lo pensable y de lo razonable, límites invisibles, imperceptibles por la naturaleza de las cosas para los que están *dentro*. Es esta limitación inherente lo que Foucault designó como “rareza”³ discursiva: *todo* no es nunca ni dicho, ni decible, ni concebible- y cada género discursivo está sometido a restricciones limitadoras y “reductoras” sobre todo en lo que concierne a las reglas admitidas de pasajes de una “idea”, o para hablar más rigurosamente, de una proposición a otra.

De estas dos constataciones, la de la *rareza* de los preconstruidos, de los esquemas demostrativos aceptables bajo la abundancia superficial de las ocurrencias, de los textos y la de la especificidad y de las variaciones históricas de la prueba y de lo convincente, extraigo lo que me parece es el papel clarificador que debe jugar la retórica situada en el corazón de la historia intelectual y cultural. El análisis retórico permite, en efecto, *reducir* la diversidad atractiva de los textos, de las performances y de las individualidades que se

¹ Trasponiendo un concepto de Ernst Bloch.

² Paul Veyne.

³ “rareté” en el original. Nota del traductor.

les apropian a un *breve arsenal de medios argumentativos recurrentes*. El análisis retórico de las opiniones, de las ideas, de las ideologías hace percibir en la mediana duración el eterno regreso de lo mismo. Y hace percibir estas recurrencias en una periodicidad *a quo* y *ad quem* de la cual se vuelve posible fijar los límites. Permite así construir tipos ideales establecidos por la observación de tendencias retóricas bien marcadas en medianas o largas duraciones.

Todo esto, que aplico al estudio de las ideas del pasado vale *mutatis mutandis* para el análisis de la doxa de nuestra época y de nuestra sociedad. Al que está inmerso en los discursos de su tiempo, a ustedes y a mí, los “árboles nos tapan el bosque”. Al asistir a los debates encarnizados en política, a las confrontaciones de estéticas enfrentadas las unas a las otras, al percibir las especializaciones y las especificidades, los talentos y las opiniones diversas, la rareza de los repertorios retóricos y la presión de la hegemonía discursiva permanecen ocultas.

Voy a ilustrar ahora las tesis que preceden con dos ejemplos extraídos de grandes trabajos que me inspiraron. Es una elección limitada destinada a hacer sentir el interés y el potencial de estas aproximaciones.

La noción de intraducibilidad argumentativa en Carl Becker

El gran historiador norteamericano anterior a la guerra, Carl L. Becker, había desarrollado el concepto, interesante pero demasiado límpido, de “clima intelectual”, de “clima de opiniones” sucesivas a lo largo de la historia de las ideas y entre las cuales -unidad de la razón humana o no- la incomprensión sería radical.⁴ Becker analiza, por ejemplo, un pasaje de Tomás de Aquino sobre el derecho natural, un desarrollo sobre la monarquía en Dante. No es que el lector moderno esté en desacuerdo con estos pensadores de antaño, que piense distinto sobre estos temas, suponiendo que piensa algo, sino que se encuentra, según Becker, ante una manera de pensar y razonar *radicalmente diferente*, una manera que no puede sino percibir como extremadamente absurda, ininteligible. Está colocado frente a la “imposibilidad desnuda de pensar *como aquello*”, utilizando una fórmula de Michel Foucault: “Lo que me molesta -escribe en sustancia Becker- es que no podría considerar a Santo Tomás o a Dante como personas poco inteligentes. Si su

⁴“Climates of Opinion”, cap. I de *The Heavenly City of 18th Century Philosophers*. New Haven: Yale UP, 2004. Reedición. Podría remitir también a un pequeño libro sobre la variación histórica de lo que el autor, historiador de la Antigüedad, llama “programas de verdad”, la obra de Paul Veyne, discípulo y amigo de Foucault, *Les Grecs ont-ils cru à leur mythe?*

argumentación nos es ininteligible, esto no puede ser atribuido a una falta de inteligencia de su parte”. Que una argumentación apele o no al asentimiento depende entonces “del clima de opinión en el cual se sumergía”. Este “clima” es definido como un filtro que impone a Dante y a Tomás “un uso particular de la inteligencia y un tipo de lógica especial”. Impreciso todo esto, sí... Tal definición es oscura, pero Carl Becker había puesto el dedo sobre un hecho intrigante, omnipresente y descuidado. Ponía en este “clima” la creencia literal en el relato del Génesis y una especie de gnoseología existencial *ad hoc*, “la existencia concebida por el hombre medieval como un drama cósmico compuesto por un dramaturgo supremo que sigue una intriga central y un plan racional”. Tomás de Aquino no puede persuadirnos ni ser refutado o sometido a nuestras objeciones, constata Carl Becker, porque se ha convertido en *racionalmente intraducible*. No es que podamos decretar que sus demostraciones son discutibles, frágiles o engañosas; son simplemente ininteligibles ante lo que consideramos racional y convincente. “Lo único que no podemos hacer con la *Summa* de Santo Tomás es enfrentar sus argumentos en su propio campo. No podemos asentir a ellos ni refutarlos... Sus conclusiones no nos parecen ni verdaderas ni falsas, sino solamente irrelevantes”.

Se puede generalizar y aportar en este contexto muchos otros ejemplos: el derecho divino de los reyes ha sido sostenido durante siglos de sutiles argumentaciones teológico-jurídicas. No es que yo no esté “de acuerdo” con los juristas de ayer, sino que estoy frente a otra manera de pensar, “aberrante” en sus presupuestos así como en sus conclusiones. Sucede lo mismo al evocar objetos discursivos no del pasado lejano, sino de fines del siglo XIX sobre los cuales he llegado a trabajar, con la argumentación que sostiene la nosografía de la histeria según la escuela de Charcot, o la misión histórica del proletariado, o la *Zusammenbruchstheorie*, la tesis llamada “marxista” del hundimiento fatal a corto plazo del modo de producción capitalista, o incluso con las especulaciones sobre el “eslabón perdido” en paleontología humana. Aquello en lo que debe interesarse el historiador y retener no es tanto la idea central, la tesis, devaluada, sino precisamente lo que la *sostenía*: los razonamientos, los medios persuasivos, los hechos alegados e interpretados que se tejieron alrededor de ella.

La imputación de irracionalidad es demasiado fácilmente aplicada al pasado cognitivo. La

alquimia, la astrología, la geomancia, la frenología, son ciencias devaluadas cuyos presupuestos y límites son con frecuencia juzgados en nuestros días como en extremo “irracionales”. Aunque “de otra época”, debo reconocer que no eran irracionales para los “mejores pensadores” de su tiempo. Que los razonamientos del pasado no sean racionales para nosotros no permite descartarlos sin escrutar la “lógica”, ya que no es razonable pensar que el presente sea el juez último del pasado -y no es indiferente ver que, en el pasado, ciertas ideas, ciertas tesis, hayan derivado de un esfuerzo sostenido de racionalidad y de demostración, mientras que sus mismos razonamientos se nos han vuelto incomprensibles-. No doy entonces, como lo sugerí al comienzo, a “racional” otro sentido que no sea un sentido histórico: es el conjunto de los “esquemas” argumentativos y de las “marcas” persuasivas que han sido utilizados y aceptados en algún lugar y en un tiempo dado por las personas que la sociedad juzgaba sagaces y razonables.

El reduccionismo metodológico de Albert Hirschman

El filósofo e historiador de Harvard, Albert O. Hirschman, ha estudiado la “retórica reaccionaria”, *The Rhetoric of Reaction*, y ha reconstruido su tipo ideal invariable durante los dos siglos modernos, construido por tres grandes esquemas argumentativos.⁵ Hirschman relevó, en efecto, toda la argumentación antiprogresista durante dos siglos - de Burke, que escribía contra la Revolución Francesa⁶ y profetizaba sobre sus fracasos y errores, a nuestros días, por parte de la derecha norteamericana contra los “liberales”, su feminismo, su “discriminación positiva” y sus programas sociales- en solo *tres* formas de objeciones recurrentes contra innumerables avatares, pero siempre filtradas por el mismo esquema, dirigidas a los reformadores de todos los tiempos: *Innocuity*, *Jeopardy*, *Perversity*, es decir los argumentos de la inocuidad, de la puesta en peligro y del efecto perverso.

⁵Hirschman, Albert O., *The Rhetoric of Reaction*. Cambridge MA: Harvard UP, 1991 (versión en francés: *Deux siècles de logique réactionnaire*. París: Fayard, 1991).

⁶Edmund Burke es un político y escritor irlandés, diputado por mucho tiempo de la Cámara de los Comunes británica como miembro del partido *whig*. Ha permanecido célebre por su firme oposición a la Revolución Francesa, expresada en sus *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, que lo convirtió en uno de los jefes de la facción conservadora del partido *whig*.

Recuerdo esquemáticamente sus definiciones: 1. *La inocuidad*. La reforma propuesta es vana porque no cambiará la naturaleza de las cosas; las cosas volverán, se haga lo que se haga, a lo que son naturalmente. No podemos cambiar el curso de los astros, modificar el movimiento de las estaciones. 2. *Perversity, el efecto perverso*. La medida destinada a hacer progresar la sociedad o a eliminar un supuesto mal efectivamente la hará cambiar, pero será *en el sentido contrario* al esperado. 3. *Jeopardy o Puesta en peligro*. Consiste en decir que la reforma propuesta pondrá en peligro ciertas ventajas adquiridas, que entraña “costos” que el reformador, por otra parte, no deberá consentir, y esto, para un resultado demasiado incierto. Este *topos* proviene de la lógica gnómica que dice que *Más vale pájaro en mano que cien volando*.

En mi opinión, el paradigma ternario de Hirschman es incompleto: no da cuenta de todas las estrategias más recurrentes de toda argumentación antiprogresista, “reaccionaria” en sentido preciso. El esquema que falta, que es de alguna manera “original”, es el de la pendiente fatal⁷: ustedes quieren A (que me disgusta, pero me cuido de decírselos), ustedes quieren tal vez B, que sigue fatalmente, pero ustedes no quieren seguramente C, que es fatal a mediano plazo; yo veo este encadenamiento, se los muestro y les demuestro que, como ni ustedes ni yo queremos C como resultado último, ustedes deben renunciar a impulsar A porque sus consecuencias automáticamente inducen a C a mediano plazo. Es el argumento de nuestros días contra el matrimonio “gay”: ustedes quieren que los homosexuales se casen, muy bien; entonces deben querer que ellos adopten niños, muy bien también, al menos según ustedes; que ellos y ellas eduquen a los niños en la normalidad de la vida homosexual y su apología... ¡Ah, ah! Aquí dudan: renuncien entonces a impulsar la primera etapa de un encadenamiento fatal. La prevista consecuencia última pretende reconciliar, por el rechazo que provoca en ambos, al argumentador reaccionario con su adversario inocente y falto de previsión.

Este argumento por encadenamiento ha servido en los años del romanticismo para poner en guardia al público que podía tener debilidades por las ideas socialistas. Se comienza criticando la *propiedad*, luego se atentará contra la *familia* y por último se hará la guerra a

⁷Ver una monografía abundantemente ilustrada de ejemplos sobre este argumento: Walton, Douglas, *Slippery Slope Argument*. Oxford: Clarendon Press: 1992.

Dios! O bien, en sentido inverso y remontándose a un pasado reciente donde se situaba la primera etapa que implicaba un porvenir fatal y desolador: los deístas del siglo XVIII, al negar “la verdadera religión”, han preparado el camino para los comunistas, destructores de la propiedad y la familia. Voltaire prepara a Babeuf... La tesis reaccionaria, en especial la de los polemistas católicos, es que no hay que detenerse, que es imposible detenerse en el camino del mal, sino que hay que retroceder *al punto de partida*, anular la primera etapa del deslizamiento comenzado hacia la desolación, volver al bien. En esta mirada, este primer esquema es el único reaccionario por su estructura: no solo invita a no cambiar las cosas, sino que demuestra que hay que regresar al punto de partida y corregir el presente y su “pendiente del mal” en nombre del pasado repudiado sin consideración. Este argumento de la pendiente fatal, del engranaje, tiene la ventaja de referirse al adversario “progresista” como un bobalicón que no domina en absoluto el encadenamiento de las consecuencias de las medidas que impulsa. El argumento es el de perspicacia, dirigido al ciego o más bien al miope. Y justamente como este miope se va a encontrar desolado ante los resultados ya imprevistos de sus primeras medidas, se lo va a entrenar para que corrija este par de medidas del mismo tono, es decir que se le predice que va a participar activamente de la perversión por engranaje de su propio proyecto, monstruo que lo devorará.

Mis propias investigaciones

Desarrollé por mi parte la idea de un arsenal formado por un número finito de argumentos recurrentes en un mediano plazo en mi *Rhétorique de l' anti-socialisme*.⁸ Estudio en este libro un siglo, el de los años de la década de 1820 hasta 1917, de polémicas y de ataques contra el socialismo, de refutación de sus doctrinas y de denuncia de sus acciones. La polémica antisocialista ha estado, en la modernidad política, entre las más sostenidas, las más ásperas, las más cargadas de opinión. De una generación a otra desde la Restauración, ha movilizado continuamente a una coalición de refutadores de diversos bandos. Hago aparecer entonces, en el largo plazo, el eterno retorno de un número finito de tácticas refutativas y de acusación, formando este *arsenal* del cual

⁸ *Rhétorique de l' anti-socialisme. Essai d'histoire discursive. 1820-1914.* Québec: Press de l'U. Laval, 2004.

saldrían las generaciones sucesivas de polemistas. Desde que aparecieron las primeras escuelas que un neologismo (fechado en francés en 1832) iba a designar como “socialistas” -tan contradictorias entre sí que podían ser los sistemas de Fourier, de Robert Owen, de Saint-Simon y otros “profetas” románticos- una parte de la opinión burguesa se dirigió contra las doctrinas y los programas que prometían poner fin a los males sufridos por la sociedad, pero que ella consideraba absurdos, quiméricos, tanto como peligrosos e incluso canallescros, y sus hordas de ensayistas se ocuparon de demostrar su falsedad y su nocividad.

La lógica utópica-gnóstica

He intentado describir en varios de mis otros libros,⁹ con todo el poder de persuasión que poseía, un modo estructurado de razonamiento que atraviesa los dos siglos modernos y que he calificado de “utópico-gnóstico” (por falta de tiempo, no volveré a explicar aquí estos dos términos), modo decididamente contrario al “positivismo” empirista que se niega a razonar sobre lo que podría ser, pero cuya fuerza de convicción se basaba en las “buenas razones”. La articulación de la crítica social y de una contra-proposición utópica (que se presenta como una previsión demostrada) está en el centro de mis análisis.

No hay nada más escandaloso que hacer ver los males del presente desde el *punto de vista* de un futuro asegurado del que habrán sido erradicados. Durante el romanticismo este procedimiento ha sido presentado como el buen método: “la exposición elemental de una doctrina social seria se presenta naturalmente bajo dos caras –enseñaba el líder de los fourieristas, Victor Considerant–: la crítica de la sociedad antigua y el desarrollo de las nuevas instituciones. Es conveniente conocer el mal para determinar el remedio.”¹⁰ Considerant proseguía entonces con facilidad: “Construyamos pues por el pensamiento... una sociedad en la cual las causas sociales del mal no existirían”. Y habiéndola construido, trabajemos para que tenga lugar y para destruir la criminal sociedad actual que choca tanto al corazón como a la razón.

La sola comparación entre el estado actual de la sociedad humana y aquello que debería ser y que podría ser a partir de mañana, si los hombres lo quisieran, le dará una misión radiante a quien haya seguido el razonamiento hasta el final. Esto es lo que otros

⁹ *Gnose et millénarisme: deux concepts pour le 20eme siècle* ; suivi de *Modernité et sécularisation*. Montreal : Discours social, 2008. *Les Grands récits militants des XIXe et XXe siècles : religions de l'humanité et sciences de l'histoire*. Paris : L'Harmattan, 2000. *Le marxisme dans les Grands récits. Essai d'analyse du discours*. Paris : L'Harmattan et Québec : Presses de l'U. Laval, 2005. *Dialogues de sourds*. Paris : Mille et une nuits, 2008.

¹⁰ Considerant, Victor. *Destinées sociales*. Paris: Librairie phalanstérienne, 1847, 129.

consideran el paralogismo central: la doctrina socialista proyecta en el porvenir una concepción ideal, extrapolada de la indignación que el mundo le inspira, después se vale de la prueba del futuro, hace de ese futuro mejor el juez del presente y demuestra, por una sucesión de peticiones de principio, que la sociedad no es solamente dañina y criminal, sino también precaria y condenada a desaparecer.

Ahora bien, esta manera de razonar que los fourieristas y los sansimonianos calificaban ventajosamente de “Ciencia Social” va a aparecer como un puro delirio en el campo de los economistas (Jean-Baptiste Say, Frédéric Bastiat...) y de los pensadores liberales y conservadores. Los socialistas no estaban simplemente *errados* a los ojos de estos notables, ellos se colocaban con sus teorías demenciales fuera de lo argumentable y de la racionalidad. Es a este *corte cognitivo* entre razón inmanente y Principio de esperanza que yo dedico los libros que he mencionado.

Estudié en otros libros, en relación particularmente con la historia del antisemitismo en Francia y en Europa, el pensamiento conspirativo. La Conspiración maléfica no es un “tema” ni una “idea” ni una “ideología” determinada, sino precisamente eso que yo llamo una *lógica*, un dispositivo cognitivo y hermenéutico, una manera de descifrar el mundo demostrando la acción de fuerzas ocultas. Esta lógica tiene una larga y persistente historia que se puede rastrear en la modernidad occidental.

Campos argumentativos e idiosincrasias argumentativas

La razón, la racionalidad se supone que es la cosa mejor repartida del mundo, pero nuestras tácticas y nuestras prácticas de razonamiento varían según los campos en los que operamos. Y por lo tanto cambiamos de razonamiento en el transcurso de un mismo día no siempre notándolo. Cualquiera que observa un campo de prácticas *desde el exterior* de sus convenciones argumentativas queda inevitablemente conmocionado por unas clases retorcidas de razonamiento que no se le vendrían a la mente. Y todo aquel que sale de su campo profesional cambia inconscientemente de táctica lógica. Un abogado que –esto puede ocurrir– discute con su mujer haría bien en dejar de lado los argumentos típicamente jurídicos que utilizó ese mismo día por casualidad en el Tribunal, si no pretende que la discusión se vuelva un cataclismo conyugal.

Tomemos aun el caso del campo filosófico y de la intrusión del no-filósofo. Digámoslo rápidamente: el discurso filosófico retoma en bloque y en detalle la retórica de la persuasión, cualesquiera que fueren las pretensiones de ciertos filósofos a “demostrar”; filosofar es argumentar. Ocurre, sin embargo, que, así como hay una idiosincrasia retórico-jurídica, existe una retórica filosófica muy particular que opone a la incompetencia exterior fuerte, reglas internas fijadas por siglos de razonamientos y de disputas interminables entre filósofos. (Sabemos que los filósofos tienden a aferrarse a sus posiciones mucho más tiempo y obstinadamente que la mayoría de los seres

humanos). Si yo, un fulano cualquiera, pretendo refutar la tesis de Leibniz: “Todo es para mejor en el mejor de los mundos posibles”, invocando las guerras, los genocidios y las hambrunas, demuestro solamente que no soy filósofo y que haría mejor en callarme. El no-filósofo encontrará, si lo desea, divertido que los “hechos” nunca puedan llegar a perturbar la serenidad de los sistemas filosóficos, pero es una constatación: no se puede impugnar un sistema filosófico sino desde el interior y los filósofos en pugna se cuidan de invocar jamás datos del mundo empírico. Entonces, me dirán ustedes, ¿la filosofía es una logomaquia solipsista? Dos grandes palabras para sugerir que la filosofía muestra su clase de *singularidad retórica* por la regla de exclusión argumentativa que en ella prevalece.

Hay muchas otras reglas de discusión propias de los filósofos, en absoluto indefendibles en sí mismas, pero que no son propias del mundo ordinario en razón de su *costo* excesivo: la *epojé* escéptica, la duda cartesiana aplicadas en una discusión política enervarían pronto y con razón. La *regressio ad infinitum*, la objeción por la regresión al infinito (que se remonta a Platón) no abunda en las charlas de café.

Una perspectiva histórica y social, ¿pero el relativismo? ¡De ninguna manera!

¿Es que, al hacerlo, pongo en duda, como lo haría un relativista, la racionalidad humana indisociable de la dignidad del hombre? De ninguna manera. Estoy de acuerdo con considerar a los hombres iguales en espíritu y a la razón humana como su bien común y el único lazo que puede unirlos. Admito que es también un valor democrático, y en todo caso una ficción razonable considerar como dotado de razón al Cuerpo político. Convengo que la razón “comunicacional”¹¹ merece ser defendida como la única alternativa a la violencia en las relaciones sociales y al autismo “identitario”. Esto no le quita ninguna pertinencia a la constatación que desarrollo: que existen maneras diversas de administrar su potencial de racionalidad y de orientar y encadenar en un discurso los razonamientos, y que la capacidad práctica de razonar y de argumentar no tiene más que una lejana relación con la idea de la Razón como instrumento del conocimiento verdadero.

Nadie, fuera de los experimentos de laboratorio y fuera de las convenciones del Tribunal, en la “vida real”, tiene jamás *todos* los datos pertinentes, ni la preocupación de recogerlos, ni el tiempo para testarlos y evaluarlos, por lo que es *razonable* tomar atajos, poner blanco sobre negro, encontrar una Causa de la infelicidad de los tiempos, dejar de lado la complejidad poco manejable, extrapolar y generalizar, entregarse a conclusiones que exceden los datos, que pasan a través de lo desconocido y lo ignorado, y a conclusiones más firmes y más susceptibles de fundamentar una decisión que no es “lógica”. La mayoría de los mecanismos identificados por los manuales como lamentables

¹¹ Habermas.

“sofismas” son, de hecho, más o menos razonables como atajos del pensamiento y medios de salir de la incertidumbre.

El mundo sobre el que uno razona excede siempre inmensamente lo verificable y lo demostrable: uno razona y delibera y argumenta sobre lo que pasa por la cabeza de los demás, sobre lo que va a ocurrir mañana, sobre lo que podría suceder, sobre las inextricables causas de lo que acaba de pasar. El hombre que argumenta sobre el mundo empírico se encuentra en una situación *difícil*. Al contrario del laboratorio donde uno ha construido un *mini-mundo* controlado y manejable sobre el que, sin estar vitalmente preocupado por los resultados eventuales, no se hace más que preguntas circunscritas, balizadas y previstas, el mundo exterior sobre el que uno razona y discute, el mundo que llamamos empírico y el devenir, incluso en el corto plazo, son siempre *menos racionales* que la razón (o que el uso un poco irrazonable que uno está tentado de hacer de ella - aunque sólo sea porque uno tiene la necesidad de manejarla o de darse la ilusión de hacerlo-). Este mundo es en gran parte incognoscible, imprevisible, mientras que uno está “embarcado” dentro y a menudo bajo la presión de encontrarle un sentido y reaccionar.

Retorno a la problemática general

Resulta de todo esto una regla de método. Más precisamente, un principio heurístico: el de la fusión deseable de la retórica argumentativa y de las figuras, del análisis del discurso y de los léxicos, de la historia de las ideas y, finalmente, de las áreas de las ciencias sociales e históricas que atañen a las ideologías, a las “representaciones” y a las creencias. Ninguna de estas disciplinas y de estas problemáticas puede existir en forma aislada de las demás.

El análisis argumentativo es *en primer lugar* inseparable del conjunto de hechos de discursividad, así como éste es inseparable del dialogismo interdiscursivo, de la inmersión de los textos en el discurso social de la época y del análisis hermenéutico, es decir aquel de la constitución de los textos como estratificación de niveles de sentido. No hay retórica sin tópica, o dicho en términos modernos sin el análisis de la producción social de los presupuestos y de los preconstruidos, de los esquemas elementales de lo probable, de lo opinable, de lo verosímil. No hay retórica ni dialéctica separables de una narratología y más en general de todas las esquematizaciones que sostienen el discurso y que el discurso manifiesta en enunciados. Finalmente, la dialéctica (en el sentido de Aristóteles) es dialógica: el enunciador construye un destinatario, pero también adversarios, testigos, autoridades, objetores e interlocutores. Todo debate de ideas supone no un espacio vacío donde se construiría una demostración, sino una intervención en un discurso social saturado, cacofónico, lleno de “ideas de moda”, de

prejuicios, de trivialidades y de paradojas, en el que todos los argumentos posibles están ya utilizados, disputados, interferidos y parasitados.

Habría mucho más para decir, más vías de análisis a sugerir y más ejemplos a procurar. Pero es tiempo de que me detenga...

